

Prólogo

GRINOR ROJO

Yo no soy un especialista en cine, pero soy sí, lo confieso, un cinéfilo acérrimo y me doy cuenta de que este libro contiene un primer balance sobre lo que ha sido la crítica cinematográfica en nuestro medio hasta hoy, lo que es un síntoma, por supuesto, de una cierta madurez. Si, como creían Antonio Cándido y Ángel Rama, un campo de producción simbólica se constituye cuando se ha llegado a articular el arco que va desde el productor y sus condiciones de producción a la obra y su retórica y al receptor y las condiciones de su recepción, podríamos decir que en materia de cine y en nuestro tiempo Chile está saliendo de la adolescencia y entrando en la vida adulta. Los indicadores son numerosos, en cada una de las puntas que yo acabo de mencionar (por ejemplo, hoy hay más y mejores películas chilenas de las que ha habido en muchos años), aunque de más está decir que no es esta la circunstancia apropiada para estudiarlos a todos. Pero uno de esos indicadores, que tiene que ver con el movimiento general de constitución del campo cinematográfico chileno y que es de la mayor importancia, a mi juicio, es el que apunta a la voluntad de realizar un examen del papel que en el curso esta historia, que es la que nos lleva hasta donde hoy nos encontramos, ha estado cumpliendo la crítica, en el entendido de que la crítica es uno entre los elementos que integran el polo receptivo y dentro del cual desempeña una función determinante. Es determinante porque la crítica es, debe ser y lo ha sido en sus mejores expresiones, comprensión profunda de su objeto, de lo que ese objeto sabe y dice de sí y *sobre todo de lo que no sabe y no dice*, diseminación de dicho conocimiento por una parte hacia un público especializado, que es la tarea de la crítica académica, y por otra

hacia el público en general, que es la tarea de la crítica periodística, y, finalmente, intervención estimativa, lo que abarca, entre otras muchas cosas, la propuesta de un canon, o sea la propuesta de una jerarquización o incluso de un sistema de inclusiones y exclusiones sobre lo que vale y no vale la pena considerar. Todo lo cual da forma a una práctica que se habrá conducido de diferentes maneras en diferentes períodos históricos, entablando tales o cuales relaciones con el campo artístico del cual era un componente clave, así como con su entorno societario, el campo de poder (cualquiera sea la caracterización que se ofrezca de él, la de Bourdieu, la de Foucault u otras), y con un grado de éxito mayor y menor. Esto último, precisamente, es lo que genera la necesidad del examen y del reexamen periódicos, es decir de una reflexión permanente sobre lo que se ha hecho hasta el momento en que se ejecuta el balance, sobre lo que no se hizo y por qué no se hizo y sobre lo que aún queda por hacer.

Como digo, este libro nos entrega el primero de esos exámenes en lo que concierne a la historia de la crítica de cine hecha en Chile. Dado que los más tempranos intentos en este sentido son de *circa* 1915, como los rastrea el siempre bien informado Eduardo Santa Cruz, ello querría decir que el libro que han editado Hans Stange y Claudio Salinas está cubriendo un lapso de casi cien años. Deseo formular ahora al respecto tres comentarios que el volumen me sugiere.

El primero de esos comentarios se refiere a la no aparición o la aparición precaria todavía, entre nosotros, de una crítica académica de cine, lo que yo atribuyo sobre todo al carácter del objeto como un arte de masas, carácter ese en el que participa, para bien y también para mal, el cine chileno. “El cine no temía a las prácticas vulgares”, escribe Carlos Ossa y tiene razón. En estas circunstancias no es raro que nuestra fauna académica lo haya desconsiderado si es que no completamente (por lo demás, si vamos a hablar en serio, una verdadera crítica académica de la literatura tampoco apareció en Chile sino hasta los años sesenta

del siglo pasado y una crítica de las artes plásticas con las mismas características está todavía en veremos), en todo caso por debajo de lo que hubiera sido deseable. Esto significa que la crítica cinematográfica chilena ha sido *casi* siempre una crítica pública, a menudo volátil, como suele serlo la crítica pública, aunque uno pueda aducir como contraejemplos los trabajos recientes y más y menos sólidos de Jacqueline Mouesca (1988 y 1998), Ascanio Cavallo (1999 y 2010) y Wolfgang Bongers et al (2011). No es que yo sea un academicista furibundo, pero son bastantes los años que llevo empleados en este oficio y ellos me han hecho comprender que un diálogo fluido entre una crítica académica inteligente y bien fundada y una crítica pública que esté atenta a las novedades y que además resulte amigable es de mutuo beneficio. Los académicos les enseñan a los periodistas y los periodistas a los académicos.

Mi segundo comentario es sobre la tentativa, visible en varios de los trabajos que se incluyen en este libro, de establecer una historia con sentido. Es decir no una historia del capricho (*événementielle* es como la denominan los franceses), ni tampoco una historia sujeta a “dinámicas” artificiales (por ejemplo, basándose en el recambio “generacional”, esa manía romántica reivindicada por Dilthey y Ortega y que hizo estragos en Latinoamérica por los menos hasta los años sesenta), sino la historia que construyen unos seres humanos concretos en un mundo concreto y de acuerdo a las posibilidades que ellos tienen para hacerlo. Quiero decir con esto que, aunque dotada de un peso propio, de su propia “autonomía”, la historia del arte no es ajena a la historia social. El problema consiste en definir la naturaleza específica de esa relación, que no es reproductiva sino transformadora (“transmutadora”, decía Ángel Rama) de la materia social en términos que son los suyos, los privativos de la práctica artística de que se trate. Y en esa dirección veo yo que se mueve, por ejemplo, las propuesta de los editores de este libro, según la cual el cine y la crítica de cine podrían ser entendidos en el marco más ancho de

los “modos de ver lo moderno”. En efecto: cien años de cine y de crítica de cine son cien años cubiertos en Chile por formaciones sociales sucesivas (yo pienso que tres), cada una de las cuales estuvo premunida con sus peculiares “modos de ver”. De ahí es de donde surgieron las artes visuales de los distintos períodos históricos y, entre ellas, también el cine en sus varias etapas. Para la confección de una historia, no cabe duda de que estamos aquí ante una noción de una utilidad enorme y, considerando que varios de los trabajos que incluye el volumen son trabajos de intención historiográfica (Kuhlmann y Ahumada, Santa Cruz, Jarpa, Ossa hasta cierto punto), es evidente que ellos pudieron disfrutar de la misma.

El tercer y último comentario dice relación con la crítica textual, si es que vamos a darle a la noción de texto el significado que yo sugerí en mis *Diez tesis sobre la crítica*, como una totalidad significativa cualquiera sea la indumentaria semiótica que ella adopte. El *film* es, desde este punto de vista, un texto y puede trabajarse como tal críticamente. Ello involucra la necesidad de una caja de carpintería y de carpinteros hábiles: de un instrumental adecuado y, claro está, de la capacidad para darle a ese instrumental el mejor de los usos. Es el segundo de los polos en el arco constitutivo del campo cinematográfico que yo establecí más arriba, creo que el menos elaborado en este libro, aunque los trabajos de Raúl Sandoval Muñoz y José Miguel Santa Cruz G. inciden en él. Percibo en ambos autores el deseo o de develar “operaciones básicas” de crítica, como las llama Sandoval, o de pensarla como un “régimen discursivo”, con las especificidades del caso me imagino, como por su parte señala Santa Cruz. Me parece éste un buen punto de partida con vistas al despliegue de un proyecto que tendría que ser cada vez más acotado y preciso.

Después de lo dicho, sólo me queda cerrar este prólogo insistiendo en que la aparición de *La butaca de los comunes*... contribuye con un nuevo e importante avance en la constitución del campo cinematográfico en Chile. El cine ha sido el arte del relato

en el siglo XX, así como la novela lo fue en el XIX. Ese arte ha acumulado ya, entre nosotros, un acervo cuantitativa y cualitativamente respetable (e incluso muy respetable, pienso en el cine de Raúl Ruiz) y que está necesitado de una crítica que se ponga a su altura. Esquivando a la beocia neoliberal que nos rodea, la que sin duda que constituye un obstáculo para cualquier iniciativa cultural de alguna sustancia, me complace comprobar que sigue siendo posible emprender en Chile trabajos como éste; que sigue siendo posible empujar, desde abajo y con la ayuda de unas inteligencias despiertas y sabias, el cambio que sin duda ha de venir.